

CAPÍTULO XIII

Historia de Tacho Reniego. — El Hércules. — El aventurero. — La Venus de Analco. — La rubia pálida. — Pompita y Tránqui.

Soy criollo de San Felipe del Obraje, mi nombre es Atanasio Garduño descendiente de varios Garduños que por distintos modos se han hecho singulares en nuestro país, principalmente dos tíos míos que son recordados uno con respeto, y otro con admiración, diciéndose de este último cosas que pasman y sorprenden, pudiéndosele llamar con propiedad el Hércules mexicano, el Sansón de este siglo.

— Pues por ahí empieza, Tacho, cuéntanos lo de tus distinguidos parientes, dijo Astucia. — Pues voy á darles gusto y comienzo por el que mereció altas consideraciones y respetos. Mi tío el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Posadas y Garduño, llegó por sus méritos á ser el Arzobispo de México, primer mexicano que obtuvo tan elevado puesto; su brillante carrera literaria, su virtud y talento por sí solos lo hicieron acreedor á merecer tan grande jerarquía, y excusado me parece pormenorizar sus hechos y hacerles su biografía porque todo el mundo lo conoció, y aunque un árbol da sabrosos frutos suele tener las hojas amargas, yo soy una de ellas, y sin embargo no dejo de tener mi puntita de vanidad, cuando considero que uno de mis parientes ha sido un grande hombre. Ahora vamos con el otro mi tío, también pariente cercano aunque de diversa rama, pero que por muy distinto camino se singularizó. Como buen mexicano se unió con los señores Rayones, fué de los insurgentes más temibles, pues á su valor decidido reunía una pujanza nunca vista con que diariamente asombraba, y hay mil consejas que se han ido transmitiendo de boca en boca, y parecen fá-

bulas; pero aun existen personas que presenciaron algunos hechos, y por ellas mismas se han ido circulando; les contaré algunos casos verídicos y por ellos calcularán la singularidad de ese hombre. — Hermano, dijo Astucia, mi señor padre que fué también insurgente y compañero de su padre de este Pepe el Diablo, me ha contado muchas cosas de ese Garduño que andaba con los Rayones; pero la verdad, no les he dado mucho crédito suponiendo que mi padre elogiaba con pasión á sus antiguos amigos y compañeros. — Pues nada de cuanto te haya dicho es exagerado, replicó Pepe, refiere algunos casos, Tacho, tal como lo de Cuatareo, las mulas colombianas, el cañón, el recado, en fin lo que tú quieras.

— Pues bien, prosiguió Tacho, lo de Cuatareo fué, que amotinados los indios contra el recaudador del tributo, quiso mi tío sosegarlos, y como era de esperarse se compró el pleito y todos se fueron sobre él, una de tantas pedradas como le tiraban le tocó al caballo y cayó redondo; mi tío se siguió defendiendo á pie, de otro guijarrazo en el pomo de la espada, se la volaron; mirándose desarmado y acosado por todas partes, no tuvo más recurso que agarrar de los pies al primer indio que tuvo á las manos, y con él pegarles á los demás á guisa de palo; en cuanto mató á aquel infeliz lo arrojó de sí, y tomó á otro haciendo lo mismo con cuatro ó cinco; les infundió tal temor que corrieron despavoridos todos sus contrarios dejándolo dueño del campo, resultando algunos muertos á sus golpes; tomó en esto naturalmente parte la justicia, y en las averiguaciones todos declaraban azorados « que D. Garduño mataba gente con gente ». Y muchos viejos del pueblo aun recuerdan este hecho que los llenó de pavor.

Lo del cañón fué por Tlapujahua, en el rincón de Zenguío; tenían los insurgentes una piececita de á cuatro que estaba causando mil estragos á los del regimiento de tres villas, procuraron quitarse de este perjuicio, sobre ella dispusieron cargar batiéndola con otras piezas de más calibre, y á fuerza de bala rasa consiguieron desmontarla; al verla caer cargó la infantería para apropiarse de ella, á este tiempo el general Rayón destacó una partida de caballería para defenderla en cuyas filas iba mi tío Garduño, llegaron á buen tiempo y mirando que es-

taba cargada con bala le echaron un bote de metralla, hizo mi tío que entre todos le ayudaran á echársela en el hombro derecho, la alzó al aire sostenida á pulso con las dos manos, y dijo con entusiasmo : — Préndanle el estopín. Uno de los artilleros le arrimó el bota-fuego, al instante del disparo hizo un fuerte impulso para adelante, aventando la pieza cosa de dos varas y safó el cuerpo; los enemigos les iban á cargar á la bayoneta y como estaban creídos en la inutilidad de la pieza, se arrimaban llenos de confianza, el inesperado tiro surtió los mejores efectos, la metralla los desconcertó, voltearon caras y cargándoles la caballería hizo destrozos, siendo este hecho el principal móvil para que alcanzaran los insurgentes un triunfo completo, valiéndole á mi tío el grado de alférez; desde esa vez quedó medio sordo del oído derecho, pues aunque alzó bastante la pieza, no fué tanto que le evitara sentir el estallido tan inmediato á la cabeza.

Lo de las mulas colombianas aconteció en la hacienda de Tepetongo, y fué el caso, que estando venteando una partida de mulas cerreras en el corral, llegó tío Garduño á ese tiempo; al ver que las manganeaban y porrazeaban sin compasión, les dijo con tono de lástima : — Pobrecitos animalitos, no las maltraten, cójanles las patitas y acuéstelas con cuidado, y luego con sólo estirarlas de una pata échenlas fuera del corral: ¿para qué son esos lazos y jalones? no sean bárbaros. — ¿Pues qué son borregos? respondió uno de los que estaban lazando, que era nada menos que el dueño de la partida; del dicho al hecho hay mucho trecho. — Cuando yo lo digo, amito, es porque lo sé hacer, y no digo esos cacomiztles, si quiere perder algo les daré una leccioncita. — Cuantas mulas acueste y las eche fuera como ha dicho, se las regalo. — No se vaya á rebajar, caballerito, mire que le cojo el falso, yo no hablo para la otra. — Ni yo tampoco, lo dicho dicho, está vd. hablando con un hombre, y delante de todos estos señores que han oído sus fanfarronadas, manos á la obra, retírense los lazadores.

Pues con su permiso, se puso su barboquejo, escupió y restregó las manos, abriendo los brazos y silbando, arrinconó la mulada, se arrimó violentamente y le tomó con la mano izquierda una pata á una de las mulas más gordas y corpulen-

tas, que tirando coces, en vano trató de librarse, en un descuidito le pepenó la otra pata, cruzándole corba sobre corba la hizo caer al suelo de costillas poco á poco, gritando con mucha sorna : Aquí la venta, quemador. Luego que la ventearon le soltó una pata, y estirándola de la otra con una mano, se la fué llevando andando el animal en tres pies para atrás. — Puerta franca, gritó al llegar á las trancas, y sacándola para afuera la metió en otro de los corrales inmediatos. Así siguió muy impávido sacándose las mejores mulas con asombro de todos los concurrentes, venciendo fácilmente la más ó menos resistencia que le hacían, y mirando el dueño que ya se había sacado media docena, dijo lleno de asombro : — ¡Basta, basta, amigote! quedo convencido de su poder, soy un necio con dudar de los hombres; Dios le conserve su canilla, que seguramente como ésa no hay dos.

— Sí, señor, dijo riendo mi tío, aquí está su compañera. Y le enseñó la del brazo izquierdo. — No quiero decir eso, sino que de sus fuerzas no tiene cuate. — Así lo entendí, señor amo, es una broma, ya le dí á conocer que no hablo no más por hablar, ahora dígame el precio de esos animalitos para pagárselos. — Esas seis mulas son de vd., señor mío, yo también sé sostener lo que digo. — Pues entonces punto en boca y viva vd. mil años. Señores, sigan en su diversión y derrenguen mulas, que por mí y el cura, toda la cuenta es una.

Eso del arado fué una muestra con que se dió á conocer con un charro del Bajío, que habiendo llegado á sus oídos todas las proezas que se contaban de mi tío, y siendo el principal de los de por allá que tenía vanidad en poseer mucha pujanza, quería echar con mi tío una pulseada y que se atravesara algún interés. Tuvo oportunidad de venir á México y al pasar por San Felipe, se empeñó en llevar adelante su proyecto, se informó de dónde estaba y fué en su busca; casualmente se hallaba mi tío en un barbecho mirando revezar sus yuntas, cuando el charro que quiso cortar camino se le acercó á informarse, después de los primeros saludos le dijo : — Vd. dispense, caballero, ¿deme razón por dónde queda el rancho del señor Garduño? necesito verlo, me han contado que tiene muchas fuerzas, y yo quisiera ver si efectivamente era así para que diéramos una pulseadita.

— Pues para que no vaya á perder tiempo, mire. Tomó la punta del timón de un arado que estaba junto á él tirado, al apoyó en el antebrazo y codo, y alzándolo hasta una altura considerable le dijo con mucha calma : — En donde está apuntando el cabo de la mancera, queda el rancho de Garduño, no tontee. Y volvió á bajar el arado tranquilamente. — Por lo que veo, dijo el charro sorprendido, vd. es el Garduño que yo busco. — Su criado y servidor, le contestó tocándose el sombrero, y si quiere pulsear, échese á pie. — No, caballero, no estoy desesperado con mis brazos, ni les pongo zumba á mis canillas. Creo cuanto me han contado de sus hechos, y me tendré por feliz con que me cuente en el número de sus amigos. — Si así lo quiere vd., sea en buen hora, y estrecharon las más íntimas relaciones.

Lo del recado fué en Isthahuaca. Estaba mi tío á caballo cuando llegó un criado á darle un recado de parte de su amo, y no oyendo lo que decía porque se le había acercado por el lado sordo, lo agarró del copete, el hombre con las dos manos se asió de la que le cogió los cabellos, y alzando el brazo hasta quedar cara con cara le hizo repetir el recado, y que le diera de gritos tres ó cuatro veces haciéndose que no lo entendía, y luego con mucha cachaza le dió la contestación con estas palabras : — *Le dices á tu amo que está muy bien, y no me vuelvas á hablar por el lado sordo, eh...* — Sí, señor, contestó aquel hombre que á pesar de ser un rancharo alto y fornido lo conservó en el aire todo el tiempo que se le antojó, siendo esta travesura muy celebrada de todos los presentes.

Por estilo de estos casos hizo muchísimos que sería muy largo el relataros, como el de detener un coche, tomándole el eje, subirse por un cable llevándose alzado el caballo que montaba con sólo apretar las piernas, cargarse un macho en el pescuezo como borrego, montar un toro y dejarlo sofocado, tomar un burro de los dos pies y después de dar con él dos ó tres vueltas al aire, arrojarlo seis ú ocho varas, quebrar un pestillo de un puñete, y en fin, mil cosas asombrosas. Pero basta con esto para que vds. se formen un juicio de cuál sería la celebridad con que se dió á conocer, y estoy seguro de que si hubiera sido extranjero habría llamado la atención en todas partes, lo hubieran celebrado con asombro, y si fatuo, se hubiera dado el título

del rey de los luchadores, el primer genio de la fuerza, ó cualquier otra superchería, dejando atrás á Mr. Charles y otros que han venido á sacarnos el dinero con sus fruslerías ; pero, hermanos, mi tío era criollo y eso bastó para que no llamara la atención y se consignaran al olvido sus extraordinarias fuerzas, sin darle el mérito correspondiente, asimismo pasan mil notabilidades desapercibidas, porque ese es el mundo ; mi tío murió sin haber especulado con su privilegio, y se mantuvo como buen rancharo trabajando en el campo en sus propias labores.

Conque volviendo á mi don yo de Castilla, contaba ya trece años, y mal y de mala manera, aprendí á medio leer y mal escribir. Mis padres se empeñaron en que mi tío el señor Arzobispo me diera una beca de gracia en el colegio Seminario de México, obtenida que fué, me llevaron para la capital, y hecho un macho fuí á dar á aquel establecimiento, por supuesto á perder el tiempo, pues á mi torpeza para los estudios se unía la poca ó ninguna voluntad que yo tenía á la carrera literaria, dando por resultado que en cinco años no pude aprender gramática, y sólo por las consideraciones de ser mi tío el señor arzobispo, pudieron el rector y catedráticos aguantarme. Como continuamente me castigaban, y yo por más esfuerzos que hacía no podía comprender, me desesperaba, y estirándome de los cabellos ó dándome de cabezazos contra la pared, decía : — ¡ Reniego de mí ! ¡ reniego de esto, y reniego de aquello ! Mis condiscípulos que lo oían, después de burlarme, acabaron por decirme Reniego ; los primeros días me enfosqué, y eso hizo afirmar el apodo, de manera que á todo era reniego y más reniego hasta que no hubo más remedio que entender por reniego.

Por fin, la muerte de mi tío puso término á mi encierro, escribiéndole á mi padre el señor rector lo obligó á que me sacara, en suma, me echaron del colegio por modorro y tonto efectuándose en mí aquel adagio que dice : « El que asno va á Roma, asno se torna. »

Irritado mi padre al ver frustradas sus esperanzas, me llevó á la casa y después de una grande reprimenda, me preguntó lleno de cólera : — ¿ Qué oficio quieres aprender ? ¿ cuál giro te

gusta, yo no quiero flojos en mi casa, eres tamaño bigardón y no sabes aún trabajar en nada, y en el supuesto que no te inclinan los estudios, dime en qué piensas ocuparte? — Señor, le contesté muy curtido, en el campo, su merced se ocupa de eso, y á su lado podré aprender. — Es que para que sepas mandar, es preciso que sepas hacerlo; no creas que el trabajo del campo es no más andar en el caballito travesando todo el día; piénsalo bien y mañana me resuelves, es muy amargo el sudor que se vierte para ganar un jornal. Y se metió para la recámara donde estaba mi madre que ansiosa le preguntó: — ¿Qué sucede por Dios con ese muchacho? — Que quiere ser campirano, y si se mantiene en esa resolución, yo te ofrezco que en cuanto vea cómo se trabaja en el tajo, prefiere volverse al colegio, pues según me dijo el señor rector, no es por falta de capacidad el que no haya aprovechado nada, sino porque es disipado, caprichudo, y ensoberbecido con la sombra del tío arzobispo, se salía con la suya de estudiar ó no, según se le antojaba, y una de dos, ó consigo que se vuelva al colegio ó saco un campirano regular; no te metas en consentirlo, déjame á mí solo la encomienda; haz lo que te digo si no quieres que ese muchacho se nos pierda.

Yo escuché algo de la conversación y principalmente lo de la vuelta al colegio, y decía para mí: — Primero me matan que yo vuelva á los estudios, el tajo no come gente, los primeros días será el rigor y después se les irá bajando la cólera, y quieran ó no me quedo en mi casa en mi elemento, montando á caballo y haciendo travesuras, ya estoy resuelto, á resistir los elementos y romper terrones. Al otro día le dije: — Quiero ser campirano, señor padre, ya lo pensé. — Corrientes, me respondió; anda, llama á Miguel el sastre y vénte con él. Cuando llegamos le dijo: — Tómeme vd. medida á ese muchacho para una cotoncita y unas calzoneras cerradas; ahí tiene vd. gamuza, y todo se necesita para el sábado. — Estará concluido, señor, respondió el maestro sastre. Luego me compré unos zapatos bayos de vaqueta, un sombrero poblano y un zarapito azul de veinte reales, y entretanto mi madre me hizo una camisa y unos calzoncillos de manta. El domingo en la noche me entregó el vestido completo diciéndome: — Esto es

lo último que quiero gastar en tí, ya te advierto que desde mañana, comerás y te vestirás con lo que ganes; esos pantaloncitos de paño y demás ropita se les va á achicar á tus hermanos, esas cosas no son propias para los aprendices de campiranos; véte á acostar para que mañana estés listo. Al otro día antes de que amaneciera me tocó la puerta, me vestí presuroso y luego que salí me dijo: — Habilitate de una paleta y me vas á esperar á la labor del Rosario. Montó en su caballo y se fué. Yo no me demoré, y cuando llegué ya estaban allí reunidos cerca de veinte muchachos, se presentó mi padre preguntando: — ¿Quedó algo tapado el sábado, Bartolomé? — Sí, señor amo, contestó el capitán que arreaba la cuadrilla, alcanza para una vuelta. — Pues coloca á esos muchachos y que adelanten algo, mientras las yuntas echan guías, ponme á ese cuerudito con un surco de cabero, y si se atrasa ó se pone á charlar dale sus buenos latigazos, yo te lo mando. Cada cual tomó su surco y á mí me tocó el último, se apeó mi padre, me compuso con su puñal la paleta, me enseñó cómo se había de tomar, hizo como seis varas de escarda con mucha rapidez y maestría, y me dijo: — Así se hace, cuida de recoger todas las guías de la planta con cuidado, arrímales tierra floja y limpia, además el surco, sacude la hierba dejándola con la raíz para arriba sobre el lomo entre mata y mata, al avanzar mocha la puntita del maíz así, sin arrancarlo; conque vamos al trabajo, Ave Maria Purísima. — Sin pecado concebida, respondieron todos comenzando cada cual su surco, yo entré muy orgulloso pareciéndome aquello el huevo Juanelo dejando á mis compañeros á gran distancia, á la segunda vuelta, con mil afanes, pude ir al parejo de ellos, por último, á las ocho que se dió la voz de *Ximotlaeualo* [vamos á comer] ya me había aplicado Bartolomé tres cuerazos de lo lindo; que por no parecer amujerado sólo me mordía los labios retorciéndome como culebra, bebiéndome el sudor mientras que mi padre se sonreía y hacía seña de que me festejaran recio, me senté en el suelo, y el mozo de mi casa me fué presentando una canasta con un jarrito de atole, seis ó ocho tortillas, unos cuantos chiles verdes, y una hoja de maíz con tantita sal; al ver aquello le dije: — ¿Por qué no manda mi madre mi chocolate con bizcochos y

mi leche? — Porque todavía no das para ello, contestó mi padre con voz áspera, demasiado hace con mandarte eso. Me callé la boca, y no hubo más que aguantar, hacer tacos y echar tragos de atole; continuamos trabajando, ya no tenía alientos, me dolían las piernas, los brazos, la cintura, y me ardían las nalgas de los cuerazos y el alma de mohina al ver á los malditos indios que se burlaban de mí, el sol me abrasaba, sudaba á mares, y no pudiendo soportar más, cerca de las doce me senté de firme sobre el lomo del sureo y con los ojos arrasados de lágrimas exclamé: — Ya no puedo, señor padre, y aunque me rajen á azotes yo no paso de aquí. — No te aflijas, hijito, si yo no quiero martirizarte, sino que aprendas á ser campirano ya que tanto te gusta, estás por día y según lo que trabajes, así será el jornal que saques de raya; ya ganaste medio, ¿qué más quieres? demasiado has adelantado en el primer día, échate en las ancas, te llevaré á descansar. Fué necesario que el capitán me alzara porque yo no tenía alientos ni de menearme, me parecía tener fiebre según el calor que sentía de la asoleada, llegamos á mi casa, y cuando yo esperaba ir á descansar á mi colchoncito, me metió mi padre para el cuarto de las sillas en donde estaba tendido un petate en el suelo con una zalea y un zoquete de viga por almohada, me hizo acostar allí y tapándome con mi zarapito me decía haciéndome cariños: — Descansa, hijito, descansa, que ya conocerás que no es lo mismo comer que tirarse con los platos. Yo no sé lo que en mí pasaba, no tenía un hueso sano, y el lecho aquél á pesar de ser tan duro me satisfizo en parte; hasta como á la oración se me presentó mi madre con los ojos llorosos trayéndome un plato con frijoles prietos, más chiles verdes, tortillas y un jarro de agua, devoré aquella escasa cena y me volví á quedar tirado en mi triste cama. Al otro día me retiré á las tres, ya gané medio día grande, y á los cuatro días estaba yo de parar y correr, sacando de mi raya en la semana cinco reales y cuartilla, que puse en manos de mi madre; el domingo me quedé en pelota mientras mi hermana Dolores me lavó mi ropa interior. Así duré tres semanas en la escarda, y no hubo tajo en donde no me pusiera mi padre á que aprendiera por principios; pero aunque á los cuatro meses yo era un excelente

gañán, bueno para las labores y muy adiestrado en la era, no sacaba de raya más que doce reales cada semana, la ropa se me acababa lo mismo que mis zapatos, y mi padre estaba firme en su propósito, sin haber conseguido que yo aburrido prefiriera volverme al colegio.

Estando una vez tapando un portillo en la zanja del camino real, pasaron unos partideños con mulada, y el encargado me preguntó si no sabía yo de algún aventurero que quisiera acompañarlo á expender su partida. — ¿Cuánto irá ganando? le dije. — Quince pesos al mes, dos reales diarios de comidas, y bestias que ensillar; no tiene más que traer su reata y silla. — ¿Y adónde podrá verlo? — Eso no es fácil decirle, porque yo voy recio y pienso llegar hasta Mañí. Impelido por la codicia, aburrido de no medrar, y deseoso de echar una campeada, le respondí sin más reflexionar: — Si me espera tantito, me voy con vd., no más voy á traer mi cacaztle. — Pues mientras yo le traeré un charchina, y aquí nos juntamos. — Arreglados, le dije. Recogí mi escarramán y pala, destapé para el rancho, arrebaté con la silla y demás avíos del mayordomo que estaba distraído por otro lado y ocurrió al sitio convenido; llegó mi nuevo amo, dirigí una tierna mirada para mi casa, y apretándole las piernas al matalote que ensillé, pasé sin ser visto de ninguno, en busca de aventuras. Mi padre hasta en la noche extrañó el que yo no pareciera; mi madre sufrió muchísimo, y creo á no dudar que esa pesadumbre abrevió sus días, hicieron varias indagaciones infructuosamente, ningún indicio pudieron descubrir; mi padre, que tenía genio fuerte y era de carácter duro, me dejó abandonado á mi propia suerte diciendo cuando se ofrecía hablar de mí: — Déjenlo que goce del mundo, que el mundo le dará el pago, el que por su mano se lastima, que no gima, y otras cosas por ese estilo, sin darle al parecer ninguna pena mi ausencia; yo por el pronto no dejé de sentir cierto malestar y desazón al marcharme, pero, hermanos, la codicia de ver triplicado mi sueldo, me desvanecía mis tétricos pensamientos, y ya sólo meditaba en el número uno.

En México pedí un anticipo y repuse mi vestido, seguimos con la partida para tierra Caliente y dando vuelta se acabó de

expendir en Puebla. Cesó mi destino de partideño, quedándome yo en la casa de diligencias de mulero, allí servía de cuanto se ofrecía, iba de postillón algunas veces, otras de criado de postas; á todo me acomodaba y eso me sirvió de que el administrador me tuviera algún aprecio y llegara yo á merecer su confianza. Mientras tuve un peso que tirar, estaba yo en jauja, tenía multitud de amigos y una estrecha intimidad con las mal-ditas que bonitamente me dejaron sin dinero, y lo que es peor me dí tal enfermedad que fui á dar al hospital en donde pasé más de cuatro meses infernales, pagando bien caro mi noviciado. Salí hecho un esqueleto, desnudo y muerto de hambre, á recibir desengaños y desprecios de mis antiguos amigos y conocidas, y de limosnero, ó arrimado en la casa fui repóniéndome hasta que uno de tantos caballeros transeuntes me propuso que si quería servirle de criado, me daría cuatro pesos al mes y la comida. El administrador me recomendó, admití luego luego y marché con él para Veracruz á caballo, hizo por allá el negocio que lo llevaba, y al volvernos me recomendó mucho el cuidado por su maleta que venía en unos carros, y él se adelantó solo; á medio camino se enfermó, eso no era motivo para interrumpir el viaje, el equipaje venía debajo de porción de cosas y no era fácil sacarlo, por lo que llamándome aparte me dijo: — Atanasio, yo no puedo continuar, necesito restablecerme, creo que tú eres hombre de bien, y confiando en tu lealtad te voy á descubrir un secreto, en el que estriba mi bienestar y el de mi familia; en mi equipaje llevo muchas cosas de valor que es necesario introducir las á México sin ser vistas, ya está advertido el patrón de los carros que en el Peñol descargará; voy á dar orden para que se te entregue, tú eres vivo, procura introducir los bultos como te parezca, los llevas á mi casa calle de la Acequia, número... todo lo entregas á mi esposa D^a fulana de tal con esta carta y allí me esperas hasta que yo llegue; véte en mi caballo, que en cuanto yo me alivie partiré por la diligencia, toma esas dos onzas para lo que se ofrezca, y que Dios te saque con bien.

Cumplí fielmente sus órdenes, el negocio no era de mucho volumen pues se reducía á relojes y otras cosas de valor, y dentro de unos huacales de un muchacho panadero, introduje todo

sin ser visto. Hasta un mes después llegó mi patrón que satisfecho de mí, me vistió de pies á cabeza, y además me gratificó con cien pesos y trató de buscarme acomodo, mas no encontrándose luego luego me determiné á buscar mi vida por sí solo, empleé mi dinerito en muchas chacharitas y me metí á mercachifle, siempre tomando el rumbo de Oriente pues ya había cerca de doce años que estaba fuera de mi casa, y sin embargo me apestaban las costillas á leña. Con mi barilla andaba de plaza en plaza y á pesar de correr bastante riesgo en los caminos, iba progresando á gran prisa dejándome un dineral el comercio de barajas que hacía de contrabando; en esta época, me tentó el demonio por enredar el trompo, tenía facilidad de tirar un peso y no era extraño que me fastidiara estar solo, después de andar como el chupa rosa, teniendo relación con una, luego con otra sin hacer pie con ninguna, me sucedió lo que era consiguiente, que encontrara mi cebollita con que llorar, pues me fui á apasionar ciegamente en Puebla de una mujer lindísima que unos la llamaban *Tulitas la linda* y otros *la Venus de Analco*, con más espinas que un abrojo, pues prescindiendo de su clase, genio, edad y otras puntas que me agujoneaban, tenía el grave inconveniente de ser la querida de un sargento del cuarto de caballería, celoso y atrevido como un demonio; ella que era de armas tomar y tenía sobre él algún dominio, estuvo manejando hábilmente las dos barajas, marchó el cuerpo repentinamente, ella se escondió, y mientras que el sargento tomó el rumbo de México nosotros partimos por el contrario; entonces comencé á pagar con aquella mis fechorías; me tenía en un puño, era muy gastadora, ya tenía más de treinta años, y como no se le alojaba la navaja del seno y se encelaba hasta de su sombra, llegué á tenerle tal miedo que me mandaba con la vista, no era dueño ni de menearme, siempre me acompañaba en los tianguis en donde rara vez dejaba de promover pleito con alguna de mis marchantas, hasta el grado de que no habiendo quien me comprara iba la ancheta de cuesta abajo, y yo estaba dado á Judas, durando este martirio más de un año.

Un día que estábamos almorzando en un cuartito de una posada muy confiados, se abrió la puerta que estaba entornada violentamente de par en par y se nos fué presentando el sargento

susodicho saludando con tajos y mandobles; yo no tuve más tiempo que coger con la mano derecha la silla en que estaba sentado y presentándosela recibir en ella los machetazos; la marchanta que era mucho más atrevida que yo, se paró precipitada con su navaja de muelle abierta, y cuando el sargento menos lo esperaba se la metió resueltamente por un vacío, al sentirse agraviado, volvió sobre ella y descargándole un furioso machetazo que para mí se destinaba, le hizo una profunda herida en el pescuezo que casi la degolló, cayó bañada en sangre volteando los ojos en blanco y profiriendo una blasfemia que no acabó de articular. El sargento lívido, se puso las manos en el vacío y se apoyó sobre la mesa diciendo: -- ¡Jesús me ampare! Abandonó el sable, se le doblaron las corvas y cayó cerea de la mujer; yo, espantado de ver aquella escena horrosa, todo mi empeño fué huir de aquel sitio; y estaba tan azorado que no discurrí recoger nada de mis cosas, emparejé la puerta y me salí precipitado, fui á una mercería adonde había dejado veinte pesos á guardar, los recogí, á escape tomé el camino de Tlaxcala con objeto de que cuando me buscaran no me hubieran á las manos, todos me conocían y á ella mucho más, pues su buena presencia y maneras tan voluptuosas la hicieron singular.

Yo me disfracé lo posible, y extraviando caminos fuí á parar hasta Orizaba, naturalmente perdí cuanto tenía, y si me dilato algunos instantes me atrapan, pues no faltó en la posada quien al ver entrar al sargento se pusiera en acecho; el lance se hizo muy ruidoso, los dos matados fueron origen de mil comentarios y todos mis bienes sepa Dios quién se los cogió. De Orizaba, después de andar vagando por varias partes fui á resultar á Huamantla en donde pude colocarme de arriero con unos contrabandistas de la rama, duré con ellos cerca de un año, en uno de nuestros viajes la casualidad hizo encontrarme con Chepe botas que comó vecino de mi casa éramos viejos conocidos, lo impuse de mis circunstancias, yo tenía un alcance de treinta pesos, me separé de mis amos, compré una mulita flaca que con ocho arrobas de hoja que me fiaron, agregué á las de Chepe y comencé á trabajar por mi cuenta; éste cada rato me andaba moliendo con que le escribiera á mi padre una carta, que él se

la llevaría, y tanto me instó que al fin me determiné. En más de cuatro años que estuve fuera, había la familia sufrido mucha baja, murió mi madre, mis hermanos menores, otra chiquilla, y sólo vivían mi hermana la mayor y otras dos que me seguían. Mi padre se volvió sombrío, taciturno, y estaba continuamente de mal humor. Llevó Chepe mi carta muy tierna, pintándole mi arrepentimiento con los colores más vivos, y pidiéndole encarecidamente su perdón; por lo pronto se encendió en cólera, apretó los puños balbuciendo sentencias, después volvió á leerla y se serenó algún tanto, por último, después de meditar se le saltaron las lágrimas, el amor paternal habló en mi favor; Chepe no más lo contemplaba con los brazos cruzados, conocía su genio fuerte é impávido y silencioso leía lo que tal vez pasaba en su corazón, le hizo varias preguntas respecto de mí, del estado que guardaba, y como ya yo á Chepe le había contado mis aventuras, éste se las refirió todas. — Y ahora, ¿qué es lo que pretende este hijo pródigo, José Morales? — Señor, le contestó, sólo tener el consuelo de llorar á las plantas de vd. sus desaciertos y obtener su perdón. — Pues dile que estudie el modo de presentármeme, no soy dueño de mí mismo, y mucho temo que en un arrebato me domine la cólera al recordar que él hizo punta á todas las desgracias que se han sucedido desde su calaverada, y lo mate de un golpe, le dé un tiro ó le meta la espada.

Chepe me comunicó el buen éxito de mi carta, y para evitar lo que se temía, me valí del señor cura y otras personas de su aprecio que me apadrinaran; cuando él menos lo esperaba reunidos en el curato se hizo la presentación, y no con poca dificultad lograron convencerlo y obligarlo á perdonarme.

Nos fuimos para la casa en donde después de un grandísimo sermón me dió una tranquizza de Dios y libertad, hasta que pudieron mis hermanas á fuerza de lágrimas aplacar su cólera; después de quince días pude estar restablecido y continuar en mi trabajo. Al tercer viaje me llamó mi padre á cuentas, y mirando que estaba resuelto á seguir buscando mi vida en la rama me habilitó con cuatro mulas y doscientos pesos, se las pagué y me dió otras cuatro y luego dos, le debo cosa de doscientos pesos que le voy abonando paulatinamente, en fin, me parece

que hasta ahora está contento de mí, desde que regularizamos nuestra sociedad, á causa de la catástrofe de Manuel ha ido conociendo á mis hermanos y trabando amistad con todos, y mucho más con este Pepe el Diablo que ha sabido hacerse un lugar muy distinguido en su estimación. Esto es lo que tenía que contarles, pues lo de mis aventurillas, chascos, y desengaños que tienen los jóvenes, son tan comunes que no merecen la pena el ocuparse de ellos.

— Enhorabuena, dijo Pepe, pero yo sé que en San Felipe, tienes no sé qué quebradero de cabeza, á la vez que á esta pobre de Camila me la estás enloqueciendo, y yo formalmente te declaro aquí delante de todos, que jamás consentiremos el que te burles de esa infeliz muchacha, es una pobre que no tiene más patrimonio que un corazón de paloma y una honradez acrisolada, y sería la mayor felonía del mundo que abusaras de su candor y buena fe, dando qué decir ó engañando á una criatura que sin disputa es digna de mejor suerte, y labrará la dicha de un hombre de bien.

— Les confesaré francamente mi pecado, contestó Tacho, sin querer estoy metido en un atolladero del que no sé cómo salir, el asunto se complica cada día más y puedo decirles que ya me da el agua en el pescuezo. — Expílicate, Tacho, replicó Astucia, porque eso ha de ser divertido. — Pues, señores, es el caso que yo no sé cómo ó de qué manera ha venido á la villa una señora que dice ser la dueña de la hacienda de... que hace algunos años que está concursada, no ha faltado quien me informe que no es tal dueña sino que su marido es el depositario últimamente nombrado, y como esa hacienda está abandonada, ninguno quiere encargarse de la depositaria, pues en cuanto pierden algún tiempo y no les pagan sus honorarios se largan con lo que pueden; sea de esto lo que fuere, el resultado es que la señora se da la importancia de dueña, se presenta elegante, tiene su carretela, y su hija Adelita parece una reina tanto en sus lujosos trajes como en sus valiosas alhajas.

Hace cosa de tres meses, que la casualidad me hizo conocerlas; estaba yo de descanso en mi casa y salí á darle una andadita á un caballo nuevo que había comprado mi padre, se me hizo tarde en el rancho y al volver antes de llegar al puente me fui encon-

trando con las señoras haciendo mil exclamaciones, el señor reneando y el pobre cochero chicoteando las mulas, que sumidas en un atascadero les era imposible dar un paso, estando hundida la carretela hasta más arriba de los ejes; yo me aproximé á sus gritos, amagaba un fuerte aguacero anunciándose con repetidos truenos y relámpagos y aunque apuré las dificultades, no pude conseguir ningún adelanto y me resolví á transportar á las señoras en mi caballo; sumiéndome y con mil trabajos me arrimé lo bastante, me eché en la silla á la señora y la dejé en el puente, volví por la niña é hice lo mismo, pero el viejo no quiso por ningún principio abandonar su cómodo asiento, si no que negándose á pararse al caballo me dijo con voz balbuciente: — Yo no dejo mi lugar, no hay mal que dure cien años, ya viene el agua y yo no me mojo; hágame favor de acompañar á mi familia, que algún día saldremos de aquí, muchacho, ya no maltrates á las mulas, déjalas tomar resuello. Yo me fui para el puente á darles aviso y por no dejarlas solas me apeé de mi caballo, les ofrecí el brazo y seguimos á pie el buen trecho que les faltaba para llegar á su casa, en todo nuestro camino no cesaba la señora de colmarme de elogios y la niña la secundaba de una manera muy seductora y ponderativa. — Ha sido vd., joven amable, nuestro protector, decía la señora. — No digas eso, mamacita, di nuestro salvador, nuestro ángel de guarda, yo ya me figuraba ahogada dentro de ese inmundo lodazal; Jesús, qué tormento, qué agonía! Si no hubiera sido por este caballero, seguramente me muero de pena; de que yo lo vi intrépido arrostrar el peligro por darnos su generoso auxilio, se me volvió el alma al cuerpo y esta acción tan noble la he grabado en mi corazón, no tengo voces con que poderle explicar mi reconocimiento y la gratitud que le es tan justamente debida. Cada palabrita de aquellas dicha con entusiasmo y de boca de una muchachona de buenos bigotes me empezaron á encantar, sentía junto á mi vibrar el metal de una voz dulce que elogiaba mi acción, percibía el delicioso aroma que despedía el pachulí, ó agua de colonia á que trascendía su cuerpo, con el calor de su mano que apoyaba en mi brazo me magnetizaba, en fin, no sé qué me sucedió, que sin querer me fascinaba, me enloquecía; comenzaron á caer algunos goterones; extendí mi jorongo saltillero y con él nos abrigamos

los tres, aquí acabé de hechizarme, se rejunto contra mí, casi descansaba su cabeza contra mi hombro y puedo decir que sentía yo hasta los latidos de su corazón; para cubrirla mejor y no soltar el cabestro de mi caballo le eché mi brazo por el cuello, y en uno de mis deliquios la estreché cariñosamente; no se me resistió y al llegar á la casa, con el entusiasmo mayor, antes de separarse la abracé en toda forma y ella me correspondió de la misma manera, sin contenernos la presencia de la señora que sorprendida le dijo: — ¿Qué eseso, Adela? — Ya lo ves, mamacita, le contestó con mucha serenidad, lo abrazo en testimonio de mi gratitud, de alguna manera se la he de demostrar.

— Yo soy el agradecido, señorita, contesté, esta dulce satisfacción recompensa con usura una acción muy sencilla de comediamento que la bondad de vds. ha querido elevar sobre manera al rango de eminente servicio; ya están en su casa, y con su permiso me retiro: Atanasio Garduño tiene la honra de ofrecerse á las órdenes de vds.; conózcanme por su humilde criado y servidor.

— ¡Cómo! ¿qué se retira vd.? dijo la señora, no lo consentimos; pase vd. á descansar un ratito, tome posesión de esta pobre casa, háganos vd. esta gracia. — Es muy tarde, señorita, y el aguacero no dilata en desatarse. — Siquiera mientras pasa la tormenta, me dijo Adelita con ademán suplicatorio. — Dénos vd. ese gusto. No pude resistir, amarré mi caballo debajo del corredor y nos dirigimos á la sala, se metió la niña á quitarse el traje sucio de lodo y volvió á poco rato sumamente encantadora con una bata ceñida con un cinturoncito de seda que parecía que le trozaba la cintura tan delgadita que tiene, se sentó junto á mí quedando la rinconera con la vela encendida que pusieron de intermedio y ya pude verla con aquella luz á todo mi sabor. Es de un cuerpo regular, de aspecto imponente, tiene el pelo castaño, frente grande, fina ceja, ojos pardos claros de mirada lánguida, nariz regular, un poco grandecita la boca, cuello torneado y en todo su semblante pálido se nota cierto tinte de melancolía, su voz es dulce y al hablar lo hace siempre con retórica insinuándose con los ojos, terminando sus frases con decaimiento, haciendo espavientos como sorprendiéndose y comúnmente se queda pensativa, distraída, en suma es una romántica completa;

de cuando en cuando como que quería suspirar, cada trueno del cielo ó relámpago la asustaba y le hacía pronunciar alguna exclamación de sorpresa. — Parece que el aguacero es regular, le dije después de haberla visto con cuidado. — No es cualquier cosa, señor Garduño, es una tormenta deshecha, de buena nos hemos escapado, merced á la oportuna protección de vd. ¡Jesús! ¡Jesús! si yo creo que está diluviando, y adonde me hubiera cogido esto en el lamentable cuanto arriesgado estado en que vd. nos encontró, me muerdo de congoja, todavía no me sale el susto, vea vd., aun me dura el temblor, — y me puso una de sus manos sobre la mía, — estos nervios que son mi martirio de cualquier cosa se afectan, continuamente me atacan y hay veces que me tienen en una postración completa.

— Pero, ¿qué no se ha puesto vd., señorita, en cura formal? porque eso es una desgracia, y tan joven. — No mucho, señor Garduño, ya cuento diez y ocho años. — Sin las noches de luna, decía yo para mí. — Me han curado los mejores facultativos de México, ha gastado mamá un dineral, y yo no he conseguido ningún alivio, me han mandado mudar temperamento, vivir en el campo, y por sólo eso ha comprado mamá la hacienda de.... y nos hemos venido á vivir aquí. Al ver que Adela sólo mentaba á su mamá, me acordé del viejo que se había quedado en la carretela, y exclamé: — Pero á todo esto, ¿qué habrá sido del señor que quedó en el carruaje, que según infiero, será su papá de vd., no es verdad? Se atrojó un poco y meditando con el rostro un tanto colorado, respondió: — No sé engañar, y menos á vd., señor Garduño, que me inspira mucha confianza; es, y no es mi padre D. Tranquilino. — No comprendo, le repliqué. — Lo es, porque desde muy niña me trata con el aprecio de padre y tiene una íntima amistad con mamá, hasta el extremo de vivir con nosotras, y hacer como de hombre de la casa; y no lo es, porque mi padre, según dice mamá, falleció cuando yo estaba recién nacida.

En esto entró la señora seguida de una criada que traía en una gran charola tres pocillos con chocolate, bizcochos, servilletas y vasos de agua que colocó sobre una mesa redonda que estaba en el centro de la sala, arrimó sillas y nos dijo: — Acérquense, niños, antes que se enfríe el chocolate. Se levantó Ade-